

# Sobre el Actur Lacua

*Luis Racionero Grau es Master en Urbanismo por la Universidad de California, Berkeley, donde ha sido avanzado a la candidatura de doctor con una tesis sobre los espacios públicos urbanos que dirige Christopher Alexander. El autor trabaja como consultor en urbanismo, enseña en Barcelona y escribe en revistas y periódicos.*

## La máquina de vivir

Los proyectos presentados para el concurso de Vitoria dan bastante que pensar. No voy a entrar aquí en un análisis detallado de los proyectos, cosa que ya hizo el jurado en sus consideraciones y dada la reconocida calidad de los participantes, a quienes se invitó por considerarles los mejores urbanistas de España en este momento; pero sí creo oportuno analizar el estado actual del arte que estos proyectos reflejan.

Si el lector considera la imagen de la malla urbana de Vitoria y los ensanches que estos proyectos proponen, encontrará una llamativa disparidad que me parece por demás significativa. ¿No reflejan estas mallas la diferencia entre dos procesos formativos diferentes? ¿Y no reflejan, a su vez estos procesos, dos concepciones de la ciudad radicalmente distintas? El casco antiguo de Vitoria tiene una forma orgánica, un crecimiento de dentro para fuera, como todo organismo vivo; junto a él, los ensanches de los últimos años y el que se propone en el concurso tiene una forma mecánica y un crecimiento serial como la materia inorgánica. Es curioso que los concursantes sigan aceptando aún los esquemas mentales y formales del urbanismo racionalista el cual, pese a sus buenos propósitos y a ponerse bajo la advocación de Atenas, tanto ha rebajado la calidad del espacio urbano. El racionalismo, nacido en aquella época *naïf* en que Fernand Leger aún podía glorificar la máquina y Le Corbusier llenar idealmente de bloques el centro de París, se ha convertido en una archi-

tectura alienante que llena los suburbios de todos los mundos, primero, segundo y tercero, por igual, de bloques enormes donde el ocupante es tratado con la misma despersonalización que en los nichos del cementerio. Las consabidas protestas de economía, postguerra, serialización y honestidad a los materiales, sólo han servido para hacer el juego a las inmobiliarias y auto-ridades de todo tipo, que han construido *racionalmente* con todo lo que esto quiere decir en economía: lo más barato posible, ninguna limitación en la antiestética, total sacrificio del usuario al máximo beneficio (en países capitalistas) o al mínimo coste (en los comunistas), de la empresa o ministerio constructor. Y la teoría racionalista, casualmente, ha servido a las mil maravillas a los intereses de unos y de otros, llevando el urbanismo contemporáneo a la despersonalización del espacio humano.

## El organismo y el cristal

La máquina es un estado de ánimo, ya no es sólo el artefacto que facilita ciertos actos, es mucho más: una forma de jerarquización social, un estilo de vida, una metáfora ideal y un credo, inatacable por igual en los dos bandos, derechas e izquierdas. Sin embargo, la naturaleza siempre ha creado las formas vivas de otro modo; cuando la materia se organiza inorgánicamente usa simetrías de tipo cúbico y hexagonal, mallas ortogonales, redes triangulares y hexagonales, conjuntos cubo-octaédricos, como se dan en los cristales. Cuando la materia se configura en for-

mas vivas, emplea simetrías pentagonales, formas asimétricas como la sección áurea, tal como se observa en las conchas, los vegetales y el propio cuerpo humano. Y cuando, como una ciudad, estas formas tienen que crecer, las formas inorgánicas muertas lo hacen por yuxtaposición, de fuera a fuera, por formas adicionadas que relle- nan el espacio isotrópicamente y con motivos intercambiables; por el contrario, cuando crecen las formas vivas orgánicas, lo hacen por turgencia, de dentro a fuera, por formas homotéticas que relle- nan el espacio con periodicidad ritmada, con una pulsación en progresión geométrica y de Fibonacci, con leyes exponenciales, como en la espiral.

Una ciudad, por ser organismo vivo, concha del animal social urbano, tiene un crecimiento natural de dentro hacia fuera, de modo que el problema del urbanismo es como acomodar este crecimiento sin matar el organismo; las formas homotéticas que deberían llenar el espacio con periodicidad ritmada deben encontrar su pulsación en armonía con la malla preexistente y a partir del centro originario. La malla elipsoidal del Vitoria antiguo es muy similar a la de Amsterdam, por ejemplo. Y en aquella ciudad los ensanches modernos han respetado esa forma orgánica ateniéndose a sus módulos y sus ritmos. En Vitoria, en cambio, las bases del concurso, ya de por sí, imponían una pauta ortogonal y desmesurada, tipo Brasilia, donde los tamaños de las supermanzanas y la segregación de funciones han llevado al urbanismo racionalista a su reducción al absurdo: difícilmente se hallará ciu-

dad más alienante e invivible que esta aplicación del urbanismo de la Carta de Atenas, hecha por Lucio Costa, inspirándose en la metáfora del avión.

En Lacua, esta separación aceptada por los concursantes entre casco antiguo y zona ensanche, no ha provocado ningún intento inspirado de conseguir la conexión, se ha optado por la vía fácil de construir lo nuevo como ciudad autosuficiente, cosa que la condena a barrio dormitorio, dado que el centro antiguo será mucho más atractivo que lo de nueva planta, tal como ha sucedido en las *new towns* inglesas. Y esta desconexión de lo nuevo con lo existente se ha obviado tanto más fácilmente cuanto que no se ha planteado una adopción a la estructura orgánica preexistente, sino que se ha optado, por decisión voluntarista de diseño, por una malla ortogonal típica.

Los acertados intentos de Coderch por romper la monotonía dentro de las pastillas no han logrado, sin embargo, unir éstas al tejido urbano existente; los intentos de Ferran y Mangada por configurar una trama banal —según explicaron ellos mismos— lo han conseguido plenamente dándonos un urbanismo de los años veinte; Longoria intenta con la circulación enriquecer la estructura de bloques; Solá y Moneo salvan con la sensibilidad de su textura la inevitable monotonía de su malla rectilínea, Corrales y Molezún y Martín y Tabuena nos dan dos versiones de la máquina.

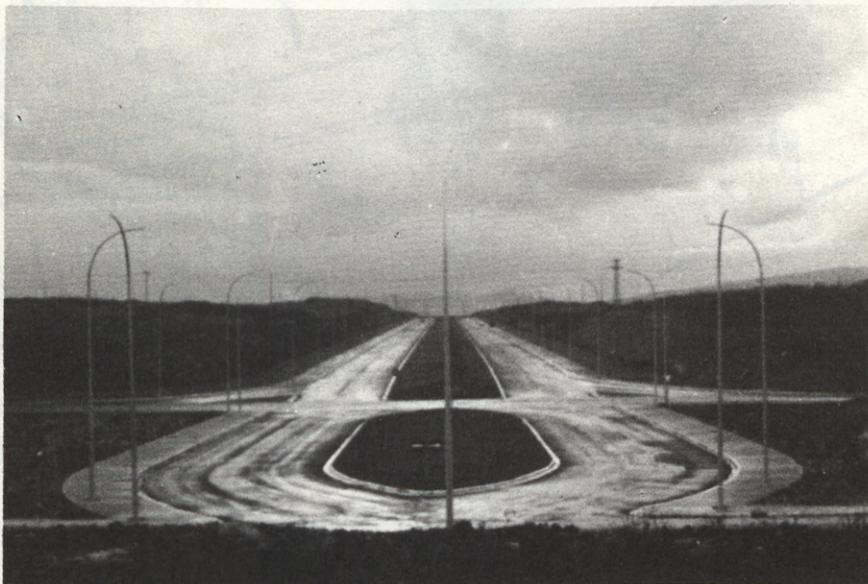
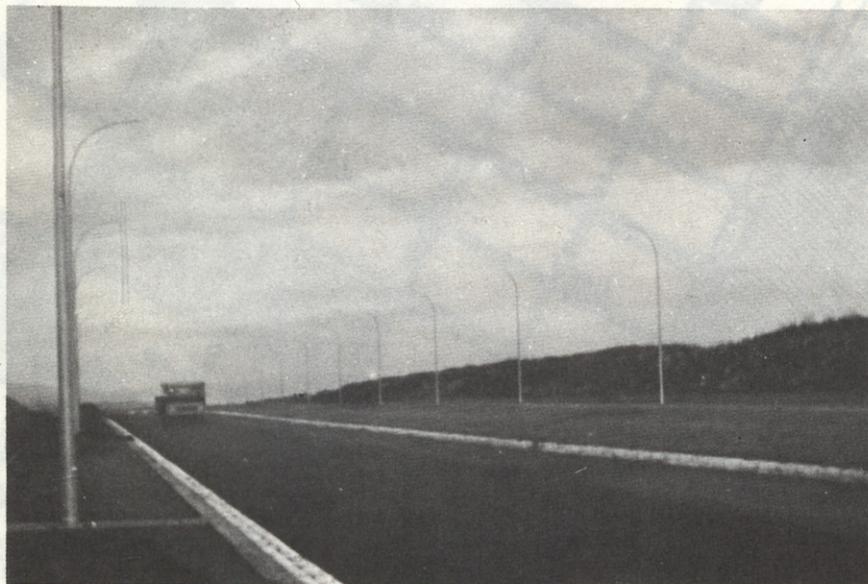
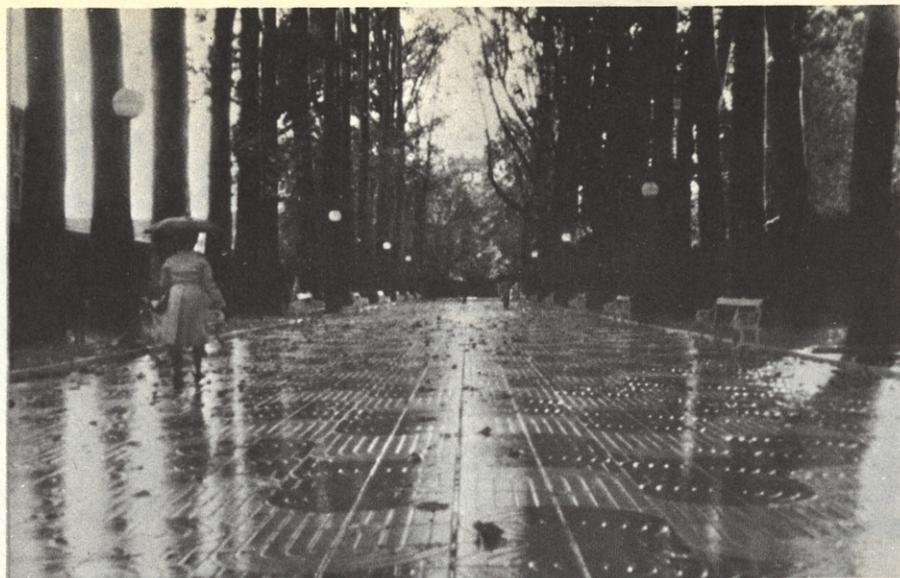
### El espacio público

Segunda cuestión ésta del espacio público, sobre la que nos llaman la atención los proyectos. No se pueden colocar, el viejo modo racionalista, los edificios públicos en un extremo, en espacios irregulares sobrantes o en una

pastilla reservada íntegramente al efecto, porque se vuelve a recrear Brasilia, con toda su mecánica segregación de funciones. Si algo es la ciudad, es una mezcla de actividades, funciones y comportamientos, que tienen su atractivo y su fertilidad creativa en el hecho de estar mezcladas al azar, de modo espontáneo por un crecimiento orgánico. Río de Janeiro es más interesante como ciudad que Brasilia porque en él se da esta mezcla. Separar las funciones como se ha hecho en la nueva capital con su *Zona de hoteles Este*, *Zona de diversiones Norte* o *Zona comercial Oeste* es disecar la ciudad, matarla y descartarla para ordenarla. El urbanismo racionalista es el orden sin complicación; el orden serial y yuxtapuesto de los niveles más simples de organización. Una ciudad exige soluciones más ricas y complejas; un orden en la diversidad y en el aparente azar de la mezcla que nunca resulta caótica sino orgánica porque la hacen las personas; un orden que retenga la antigua fertilidad que le confería a la ciudad la mezcla. Este refuerzo lo encontramos a faltar en los proyectos de Lacua, y no por falta de talento de los concursantes, sino porque no parecen habérselo propuesto. Y esta falta de conciencia de la ciudad como organismo hace pensar en la fuerza aún vigente del mecanicismo. El Bauhaus es mucho más fácil de emular que Wright, pero mucho menos cargado de futuro. Hoy día frases como las de Mies: *El individuo pierde significación, su destino ya no nos interesa. Los logros decisivos en todos los campos son impersonales y sus autores normalmente desconocidos. Son parte de la tendencia de nuestro tiempo al anonimato*, en vez de sonar futuristas, suenan más bien siniestras. Las cosas han ido demasiado lejos en dirección de la despersonalización como para que nos la proponamos además como programa de

diseño. Aunque es más fácil el funcionalismo, el futuro está con Wright, que es el organicismo. Ahí reside, a mi entender, el desafío del urbanismo moderno: ¿Cómo diseñar para el individuo personalizado sin rechazar los recursos tecnológicos? ¿Cómo aunar tecnología y escala humana, tráfico rodado y agora? No es tan difícil si se recuperan las dimensiones y forma del urbanismo humanista pero la primera condición para lograrlo es proponerse un urbanismo orgánico y como protagonista el peatón cuando está en la calle. En vez de diseñar la ciudad a partir de una malla residencial, hacerlo a partir del espacio público; y en vez de tomar plazas y avenidas como residuos entre bloques y manzanas, diseñarlas y dimensionarlas según las constantes de la escala humana: recordando, por ejemplo, que 25 metros de diámetro es una plaza íntima que favorece el contacto humano y el descanso; que 60 metros es un espacio ceremonial y colectivo para celebrar o reunirse; y que a partir de 150 metros el espacio es sobrehumano y sobreviene agorafobia; que para Leonardo, el ancho de la calle debe limitar la altura del edificio; que el ángulo de visión hacia arriba tiene importancia en la impresión psicológica del espacio urbano sobre el usuario; que los arcos acotan visualmente el espacio y los obeliscos focalizan. Hay todo un acervo de datos de psicología ambiental que están disponibles para crear espacio con las dimensiones precisas al uso humano. Porque en último término, urbanismo es ordenación del espacio externo y éste es el lugar público abierto a todos, gratuito y democrático. En la concatenación y dimensionado de estos espacios públicos humanos, está todo el secreto y el desafío del arte del urbanismo.

Luis Racionero.





# ACTUR LACUA VICTORIA

TOTAL

L.P. 1.000